

tica la que juega hasta con cosas tan sagradas como las libertades y las vidas de los hombres y aconseja al rey la clemencia, según conviene á los intereses de los partidos. La cadena de la impunidad se eslabona así: primero, la blandura del jurado, que es un bizcocho generalmente, y un día se desquita siendo una piedra berroqueña; luego, las influencias, que en repetidos indultos van echando á la calle á un criminal, sin que la sociedad cuide siquiera de vigilar su conducta y de proporcionarle modo de vivir honradamente. Ahí salen por manadas, á acrecer la espuma negra y fétida que baña á las grandes capitales, ó á ser terror de las aldeas y jaqueca de la Guardia civil, á acentuar el malestar que todos advierten, á envolver con otro crespón nuestro turbio celaje social, y á reforzar, en las clases pobres y desvalidas, la idea de que todo se debe al favor y al azar venturoso, de que el destino de cada hombre no es consecuencia de sus actos, sino de la casualidad feliz que le pone en relación con este ó aquel valimiento, ó determina que le coja la racha de la clemencia ó del rigor... Y no creo que exista concepto más inmoral de la vida que este.

**

Ahí está, verbigracia, el caso del cochero, cuyo asesinato, ó cuyo homicidio (califiquenlo los jueces), tanto da que hablar estos días, hasta en la Cámara de los diputados. Hecho que tal luz arroja sobre nuestro estado, quedaría oculto como otros mil, si por naturales motivos no lo esclarecen personas de elevada esfera. Al hablarse en el Congreso del caso del cochero Zaballa, cualquiera creería que se trataba de algo inusitado. En mis Mariñas, por lo menos, es frecuentísimo eso de que en riña salga un hombre herido de muerte y se retire á su casa á dar las boqueadas cuatro ó seis días después, y se le pueda poner por epitafio el título de una novela rusa: «Murió... y lo enterraron.» Generalmente no hay necesidad de dar paso alguno para evitar las consecuencias de un homicidio en disputa: ellas se evitan solas. La familia del muerto teme más á la intervención de la curia que á un nublado; la curia no experimenta afán de mezclarse en lo que no ha de reportarla un céntimo. Si el matador es rico ó tiene enemigos..., entonces el cotarro se revolverá; si es un pobrete, ¡requiescat! — A mal dar, se ponen en juego todo género de influencias para que el informe de los médicos forenses no comprometa, para que se califique de «lesiones menores» el agujero más profundo de la piel y la trituración de los huesos. Nadie se preocupa de lo que pueda sobrevenir. La justicia no mira, la sociedad se encoge de hombros; á los quince días, ni en los corros aldeanos se habla ya de aquel «malpocado» que pudre la tierra...

**

A dos pasos de mi casa de campo he visto desarrollarse un drama ignorado, sombrío y cruel. Un mozo aldeano, sostén de su familia, el que con la azada ganaba el pan, fué asesinado alevosamente, al retirarse, al obscurecer, por un camino hondo. Desde un seto próximo le dispararon un tiro de revólver, que le pasó el corazón. Cayó revolcándose en las convulsiones de la agonía; entretanto, el asesino atravesaba unas eras é iba á ocultarse en su choza, á fin de poder asegurar que no estaba fuera aquella noche. Hubo quien presenciara la escena; hubo quien encontrara á la víctima aún con soplo vital... y huyó, por no verse «envuelto con la justicia.» Toda la aldea supo quién era el criminal; constaba que semanas antes se había jactado de preparar su hazaña, de que la realizaría en breve. Nadie declaró. Se incoaron lánguidamente las primeras diligencias, y quedóse todo, como decirse suele, en agua de cerrajas. — Las malvas y las ortigas del campo santo aldeano se abonaron con aquel cuerpo joven y robusto.... No pasó otra cosa.

**

Es decir, sí: pasó una cosa igualmente vulgar. El padre de la víctima era un viejo que padecía grave enfermedad del estómago. Sentíase algo mejorado: con la pena, empeoró. Había que trabajar, que bajar más, ahora que faltaban los brazos del hijo. Para lograr la salud, sin la cual no adelanta el trabajo, el labriego apeló á los remedios de un curandero, de quien la credulidad hizo un sabio profundo. Los remedios, al pronto, aliviaron su mal; pero ignoró si por culpa de ellos ó por el sordo trabajo de

la naturaleza, transformóse el padecimiento y surgió la locura. El padre del asesinado falleció entre ataques furiosos, espumando, queriendo destruir cuanto le rodeaba, y fué á reunirse con su hijo bajo la sombra del olivo añoso que decora el humilde cementerio.

**

Yo había hablado con aquel padre, pocos días después de la tragedia. Envuelta en su amargura llevaba una resignación fatalista. ¿Qué podía él hacer; qué iba á remediar ya, con empeñarse y agitarse para que el crimen no quedase impune? ¿Y cómo meterle en la cabeza que la serie de otros crímenes anteriores, impunes porque otros padres habían pensado como él, era lo que probablemente le costaba la vida del pedazo de sus entrañas? Más alto que mis reflexiones hubiese hablado el miedo secular, el pavor de la justicia, la convicción trágica de la vanidad del esfuerzo. El hombre prefirió tragarse su pena, dejarla depositarse en el cerebro y en el alma, hasta la pérdida quizás de la razón... Todo menos luchar. Todo menos reaccionar contra lo que juzgó inevitable.

Si mi labriego hubiese sido un hombre del Mediodía, tampoco acude á la justicia: lo que hace es tomársela por la mano. Espera en la misma revuelta del camino al matador, una noche sin luna ni estrellas, y le deja seco. La psicología de mi tierra es muy diferente. La resignación forma la base del carácter de ese aldeano cuyas afinidades con el *mujik* ruso más de una vez tuve ocasión de notar. Nada hay de moruno ni de italiano ni de corso en nuestra índole moral, y las *vendettas* á plazo largo son tan raras, como frecuentes las quimeras y los palos.

**

En Madrid abunda todo: rencores, rencillas, pasionalidades, arrebatos, y el delito sencillamente generado por la embriaguez y la sensualidad, la delincuencia *juerguista*, á que se aludía ayer en el Congreso. ¡Triste síntoma, por lo frecuente! La muchedumbre está predispuesta al delito mediante una especie de contagio. — Pocos días hace que asistí á la última función del teatro de Apolo. Hay que esperar á la entrada, en el hermoso y amplio vestíbulo, á que la penúltima termine, y se agolpa, esperando, un gentío en que se confunden todas las clases sociales, pues á esa última función del popular teatro concurren

desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca...

El gentío, cuando llegamos al vestíbulo y nos refugiamos en una esquina para que no nos envolviese la ola, hervía impetuoso. Se escuchaban chillidos, silbidos, imitaciones de cantos de gallos, carcajadas, imprecaciones. Contra la barandilla de la escalinata acorralaba un centenar de hombres á dos ó tres mujeres, jugando á estrecharlas más y más, al principio como en broma, luego oprimiéndolas hasta quitarles el respiro é hincarles las costillas en la cavidad torácica. Una de aquellas mujeres, pálida, exánime, se desmayó. El apretujón continuaba. Entonces un oficial de artillería, indignado, la emprendió con los cobardes, y sacó en vilo á la mujer. Toda aquella horda retrocedió al ver que un caballero les hacía cara. Así Cyrano de Bergerac, contra el centenar de malsines. Y los agentes de la autoridad... haciéndose los suecos, por supuesto.

**

Esos mismos que aprietan contra una balconada de mármol á mujeres indefensas — sean ellas quienes fueren, que para el caso nada importa, — son los que, á la puerta de un colmado, abollan la cabeza á un cochero arrebatándole la vida, ó pasean en fila á un rebaño de infelices para escarnecerlas entre el lodo de la calle. Sea la ley severa con ellos, y póngase coto á las demasías de este género de rufianes, gracias chocarreros, viciosos prosaicos y malhablados; castíguense en ellos algo peor quizás, para las costumbres, que la criminalidad de otra naturaleza; pues, como dijo acertadamente Azcárate en la sesión de ayer, el criminal nato es un caso poco frecuente, pero estos criminales ocasionales y *consuetudinarios* abundan, cunden y contaminan á la sociedad entera.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DECÍAMOS AYER...

Y suma y siguen á la orden del día los crímenes, con ó sin misterio, y continúan los criminales fugitivos que se evaporan como una gota de perfume y que para burlar á sus perseguidores emplean recursos de ópera cómica, enseñando la medalla de la policía, al modo que Lindoro, en el *Barbero de Sevilla*, enseña á los alguaciles el distintivo que cruza su pecho. Yo bien quisiera hablar aquí de altas y nobles acciones, ó por lo menos de estrictos deberes cumplidos; pero en cualquier hoja impresa que os caiga en las manos, no veréis sino puñaladas, tiros, sangre, exterminio y desolación...

**

La recrudescencia de la criminalidad pica en historia. Muchos la achacan á los indultos, sobrado amplios, que se concedieron con ocasión de la jura del Rey, y que arrojaron á la calle, en las especiales malísimas condiciones para corrección y enmienda en que necesariamente se encuentran los licenciados de presidio, á un sinnúmero de ellos. No profeso, en materia penal, opiniones cerradas. Paréceme que las instituciones y leyes penales, como todas, han de subordinarse al estado del país, á su situación, á sus necesidades del momento. Claro es que, por el sentimiento, por estética, me desagrada la pena de muerte dondequiera, y que por la razón, me indigna donde se puede organizar la represión en otra forma, no tan dura é irreparable; mas aquí, dada la falta de instrucción, la terrible cifra de analfabetos, la propensión al anarquismo sentimental, el poco respeto á la propiedad y á la vida ajenas y otras mil concausas, entiendo que la impunidad es un mal mayor que la severidad del castigo. No se moraliza castigando..., ¡bien lo sé!, pero se reprime, se ataja el daño, se pone un tapón á la hemorragia..., y aceptemos el paliativo, á falta del seguro remedio.

**

La naturaleza humana no es, como quería Rousseau, excelente en su origen y pervertida por la civilización después. Aciertan mejor los que, ó por la fe ateniéndose al Génesis ó por la ciencia siguiendo la doctrina de la evolución, la juzgan mala en sí, y la suponen partiendo del instinto para llegar, trabajosamente, á relativa moralidad. El arrepentimiento del culpable es por otra parte fenómeno tan poco frecuente, que la Iglesia celebra con superior veneración á los grandes arrepentidos que á los grandes virtuosos desde el nacer. Y el arrepentimiento lo engendran casi siempre los merecidos castigos, no los perdones arbitrarios y caprichosos. Por todo ello no estoy á bien con los indultos, á los cuales ni siquiera abona el representar un movimiento generoso del real ánimo, puesto que es la influencia polí-